

NOTAS

CONSIDERACIONES INACTUALES SOBRE ALGUNOS MODOS DE NUESTRO TIEMPO

I

LA IGUALDAD DE LAS CABEZAS

Francisco Emilio Babeuf, llamado Graco, ideólogo más que revolucionario, intuyó que la Revolución francesa había sido el triunfo de la burguesía y la peste de la clase campesina. a pesar de La Fiesta del Ser Supremo instituida por Robespierre y a las tentativas fallidas de política social. De ahí su «comunismo», que había que codificar en una ley agraria que sancionara la comunidad de los bienes y del trabajo y que era preciso imponer con la dictadura de una minoría insurreccional y la «conspiración de los iguales», organizada con Filippo Buonarroti, que, al fracasar, costó en 1896 la cabeza a Babeuf. No nos interesa aquí poner de manifiesto que Graco fue acaso el primero en transformar el comunismo de ejercicio utópico y académico, literario y filosófico, en idea-fuerza; aunque sí que queremos poner de manifiesto un ingrediente hoy muy de actualidad en los países llamados desarrollados para realizar la «sociedad de los iguales».

Igualdad absoluta de condiciones y comunidad de los bienes y del trabajo. Muy bien, pero, suponiendo que tal igualdad y tal comunidad fuesen realizables, las desigualdades volverían a originarse. Los hombres, iguales en el punto de partida, se distancian a medida que viven, a pesar de toda la asistencia igualitaria que se les proporcione. Hay unos que progresan más y otros que se quedan rezagados. Y no me refiero a que unos son más astutos, otros más taimados, algunos más desenvueltos y hasta más deshonestos, ya que todas estas cosas, por las buenas o por las malas, se pueden remediar; sino a que unos son más inteligentes que otros, unos marchan más de prisa que otros y llegan más lejos. Y eso no tiene remedio. Babeuf vio que no basta la igualdad de las condiciones y la comunidad de los bienes y del trabajo

para que se realice la «sociedad de los iguales». Es necesario llegar a través de un tipo de escuela y de cultura, es necesario atacar directamente a la inteligencia, que es la aguafiestas reaccionaria, frente de las desigualdades. Por eso Graco, además de proponer que los hijos fueran sustraídos a la familia y confiados al Estado, además de proponer que se vistan y coman de la misma manera, exige que cada uno de los miembros de la sociedad estudie una sola cosa, siempre que tal cosa sea útil al bienestar de la comunidad, precisamente para impedir que la inteligencia pueda amenazar la igualdad absoluta de los ciudadanos.

Babeuf ha localizado bien al enemigo del igualitarismo y el remedio para neutralizarlo. Mientras la inteligencia pueda cultivarse y desarrollarse libremente no habrá igualdad de condiciones que se tenga en pie; las desigualdades nacerán siempre. Pero hay una medicina para impedir que la inteligencia explote, y consiste en encajarla en un tipo de sociedad y de escuela que pueda esterilizarla, de modo que no amenace la igualdad. Se la puede, sí, sofocar desde el nacimiento, eliminando la idea de cultura —que es saber unitario y formativo, aristocrático, y, por lo tanto, para seres inteligentes, para mentes capaces de profundización y de síntesis— y se la puede sustituir por una instrucción rigurosamente especializada y exclusivamente informativa y útil que adormezca para siempre el pensamiento crítico y la libre inspiración creadora en provecho de un conjunto confeccionado, formalizado y funcionalizado.

Babeuf fue un precursor de la planificación organizada de los «cerebros» para la igualdad de las «mentes». Las semillas de su cerebro se han convertido ahora en la floresta que sofoca la inteligencia y la verdadera cultura, y, con ellas, la libertad. En efecto, de un lado se lleva a cabo una persecución cada vez más despiadada y masiva de la inteligencia y de la cultura, de la escuela realmente formativa, privilegio de unos pocos reaccionarios antisociales, y, por tanto, fuente de alienación y de esclavitud; y, por otra parte, se identifican cultura y escuela democrática con el derecho a saber siempre menos y a nivel más bajo, de manera que no emerjan ni se eleven las cabezas y la igualdad sea asegurada. No hay duda: si se los mide a la altura de los pies, los hombres tienen la misma estatura. Y el silogismo es perfecto: todos los privilegios deben abolirse; la inteligencia y la cultura son privilegios; la inteligencia y la cultura deben abolirse.

Sin embargo, se nace inteligente; no se llega a serlo con el tiempo. No importa. De la misma manera que hay sistemas económicos que igualan a todo el mundo, de manera que no haya ricos y pobres, así hay un sistema que no deja crecer a los superdotados, eliminando la cultura, responsable de producir nuevos privilegiados, opresores y autoritarios. Y cultura son los clásicos en

todos los campos del saber; los que despiertan el pensamiento y lo agudizan, estimulan la fantasía y la hacen creadora, alimentan los sentimientos y los hacen generosos y magnánimos. Por consiguiente, guerra a los clásicos que fomentan la «meritocracia», antidemocrática y antiigualitaria, hacen culta a la inteligencia y señalan distancias, provocan desniveles, originan complejos, sobre todo entre los hombres de gobierno y entre los «expertos» de las reformas, humillan a las masas y despiertan el resentimiento de los que carecen del privilegio de la inteligencia. En suma, esos clásicos son represivos, antisociales y antiolektivistas. De ahí el empeño de crear una nueva escuela democrática altamente promocional, cuyo fin sería el de encerrar a todos en aulas —siempre que las haya para todos— en donde no se hable nunca de Platón ni de Hegel, de Esquilo, de Dante, de Goethe ni de Leopardi, lujo inútil, provocador de desigualdades intolerables; sino de las cuestiones del día, de las necesidades inmediatas de la sociedad, de todo lo que sucede y registran las páginas de sucesos de los periódicos. Es como decir la escuela de los ciegos, en cuanto que las cosas se ven bien desde una distancia justa y los problemas se resuelven cuando quien los plantea tiene una mente madura que sólo una escuela libre de cultura puede madurar. Pero es ésta madurez lo que repugna a la «democracia cultural», sostenedora de las escuelas para todos, estructuradas de manera que la inteligencia quede anegada en un medio que le impida desarrollarse. Naturalmente, los autores y los profesores tienen que estar al mismo nivel que los lectores y los alumnos. Es igual el que escribe y el que lee, el que enseña y el que aprende. De consiguiente, la persona inteligente en cuanto tal, como el acusado que quiere someterse al juicio del «mérito» y de la «selección», no tiene derecho a una escuela de cultura y tiene que someterse a un tipo de enseñanza que le coloque en condiciones de no darse cuenta de su inteligencia siquiera, de suerte que no se altere la igualdad absoluta de las condiciones de partida, de modo que todos estén al mismo nivel, nivel que en su punto límite coincide con el de los puercos y las gallinas. Se llega así a la escuela de Makarenko, y hoy pudieran citarse otras europeas: lugares de producción del hombre colectivista que se proponen dar paso a una «única opinión colectiva» y en donde «lo que uno dice es pensado por todos», y basta con aplicar una «técnica pedagógica» a esa «máquina buena y complicada» que es el estudiante.

Cultura es libertad y no hay libertad sin cultura, cuyo objetivo social es precisamente el de ser libre y formar al hombre integral, que, a su vez, se asigna el cometido insustituible de decir hasta cuando no agrada la verdad pensada despaciosamente, verdad que, saltando incluso por encima del tiempo, valga para todos los tiempos. Ya antes de la Revolución de 1848 Tocqueville, genial pensador político, comprendió que la igualdad sería la nueva idea-

fuerza de la sociedad moderna destinada irresistiblemente a penetrar espacios siempre más vastos. Pero, precisamente a causa de esa potencia expansiva de los ideales democráticos, indicaba los graves peligros que suponía, así como los remedios. Peligro gravísimo, el absolutismo de los mitos de la igualdad y de la democracia, con el consiguiente compromiso de los valores de la persona y de la sociedad, que corren el peligro de ser aniquilados por una lógica puramente cuantitativa y niveladora de esos mitos. Como advierte en su gran obra juvenil *La democracia en América*, la igualdad absoluta de las condiciones sin la libertad puede llegar a producir una sociedad del bienestar, pero anula el concepto mismo de civilización en su acepción más auténtica. De una parte, se estimula el espíritu individualista y hedonista que disuelve la sociedad y el Estado, y de otra parte se llega pasivamente a una uniformidad y se corre fatalmente hacia una centralización, una hegemonía estatal. Dos extremos que acaban por encontrarse y destruir la democracia, que adquiere su equilibrio solamente si sabe hallar los correctivos del individualismo y del colectivismo más allá de la lógica cuantitativa y mecanicista.

El otro correctivo lógico es la cultura, la libertad. De otro modo la democratización de la enseñanza corre por el plano inclinado del utilitarismo que lleva fatalmente a la sumisión de las masas y al poder totalitario, cualquiera que sea la modalidad en que ese poder se configure. El igualitarismo puro, muerte de la inteligencia y de la cultura, así como de la libertad, es la igualdad en la esclavitud.

II

LA DIALÉCTICA DE LA DEFENSA

Los hombres alardean a menudo de correr en defensa de éste o el otro valor, de éste o el otro ideal. Si corren verdaderamente en su defensa no suelen hacer alarde de ello; al hombre auténtico le repugna el alarde y las apariencias. Si realmente se propone defender algo da muy poca importancia a su actitud aunque comporte mil sacrificios, porque todo el peso de su acción está en aquello por lo que se sacrifica, es decir, subordina su postura subjetiva y con ella sus intereses individuales al contenido objetivo —la verdad, el valor, el ideal por el que se compromete—. Un compromiso sin contenido es una defensa hipócrita de cualquier cosa, un mero juego que enmascara el vacío de los ideales para servir mejor el propio interés. Es una defensa verdadera sólo de lo particular y una falsa defensa de los principios inmortales.

Según lo que hemos dicho, pues, va implícito que la defensa es por natu-

raleza dialéctica; esto es, que comprende dos términos: el yo que defiende y lo que defiende; se hallan en una relación en que uno no puede existir sin el otro, sino que el uno presta fuerza y sostén al otro. Por consiguiente, la defensa es recíproca: yo defiende un valor o una verdad hasta sacrificarme en su defensa, pero la verdad y el ideal me defienden a mí, y si defiende un valor vil o una pseudo verdad soy defendido por ellos y, por tanto, me bato a este nivel. De hecho, me impiden vivir una existencia falta de verdad y de valor, me impiden estropearla con pseudo verdades y pseudo ideales y, en el mejor de los casos, envilecerla con valores e ideales que, aunque sean válidos coordinados con otros más dignos del hombre, quedan por debajo del hombre considerados en sí mismos, esto es, como valores absolutos y, por consiguiente, como fin último de la Humanidad. El nivel y el precio de mi defensa me vienen dados por el nivel y el precio de lo que defiende. Por tanto, cuanto más elevado es lo que defiende más me sostiene y me ayuda a mantenerme en ese nivel de la defensa, impidiéndome descender a un estadio inferior y dándome fuerza para vencer las tentaciones de caer, siempre seductoras, ya que comportan menos sacrificios y mejores posibilidades económicas, haciéndome al propio tiempo más aceptable a mis semejantes.

Alabamos al héroe —pido excusas si utilizo esta palabra, hoy molesta, desusada y anticuada— porque se bate en defensa de algo que reputa digno de sus sacrificios, hasta del sacrificio de su vida de algo que mira como un valor que vale más que su propia vida. El concepto de héroe, despojado de la retórica que puede hacerlo insulso e irritante, quiere significar en el fondo que la vida tiene valores esenciales y valores fundamentales por los que vale la pena de sacrificarse, sacrificando, si es preciso, la vida misma; ello supone el convencimiento sincero y profundo de que la vida vale la pena de ser vivida si hay algo que es más que la propia vida, y que, como tal, no sirve para la vida diaria, aunque merece que lo sirvamos hasta el fin. Sin embargo, es en la misma idea de héroe en donde encuentra refugio la vanidad humana: se alaba al héroe, y es justo, pero se exalta así unilateralmente su valor, su fuerza, su férrea voluntad, sus sacrificios, sin tener en cuenta casi nunca si esa fuerza, ese aliento, ese estímulo, los ha recibido del ideal de que se muestra partidario, si ese ideal ha contribuido a la formación del héroe, o si se ha gastado para auxiliarlo y defenderlo en el difícil cometido de ser héroe al servicio de ese mismo valor.

Hay una sola manera capaz de evitarnos la retórica del héroe: hablar menos de él y mucho más de la verdad que le hace héroe; poner en sordina al sujeto heroico y en evidencia el ideal y el objeto encarnado por el héroe, cuya obra es una lección en la medida en que el maestro común separa la verdad, el valor, el ideal. De otra forma no es lección, sino teatro

para una platea o una galería, para una tribuna o una plaza. Por lo tanto, el verdadero héroe no está nunca en primera fila; es esquivo, discreto, silencioso, como quien testimonia y no declama. Del mismo modo es digna de tal héroe una sociedad que lo pone como ejemplo para alentar en las conciencias el respeto y el amor por ese ideal o valor que le ha hecho héroe y no para instaurar el culto de la personalidad, que consiste en elevar a modelo objetivo al defensor de la verdad, que es lo único objetivo. Si el modelo es el defensor resulta un sujeto falto de contenido y, como tal, defensor de nada: es la vacuidad del heroísmo como fin en sí mismo, la exaltación de la «muerte bella», como coronación de una vida epidérmicamente estética y decadente.

Supongamos que el ideal por el que se ponen en juego alma y cuerpo hasta jugárselo todo, incluso la piel, es el valor económico para conseguir un bienestar que es en sí mismo fin y fin último del hombre, y veamos cómo funciona la dialéctica de la defensa, según lo que hemos dicho antes. Si el sumo ideal y la verdad del hombre se ponen en ese valor con ese fin, la defensa se hace a ultranza, no sólo en aras de ese valor, sino contra todo lo que pueda estorbar su acción para alcanzar ese fin. El valor económico y el bienestar defendidos por sus héroes a toda costa son defendidos porque les obligan a esta postura hasta el sacrificio de la propia vida; en este caso, como se dice hoy, por el bienestar de los que han de venir, esto es, por la realización de una vida en la que será el valor económico el valor principal y el único y el fin sumo el bienestar. Por consiguiente, cuanto más se defiende este valor más se anima a sus héroes a seguir firmes en la postura de héroes y los convierte más en encarnizados defensores, furiosos contra todos los demás valores que puedan obstaculizar su acción. Se trata, por ejemplo, de un valor estético, un paisaje, un edificio artístico, etc. Pues bien, ya que el bienestar se pone por encima de todo y el evitar un sacrificio económico, aunque sea pequeño, es un bien que es preciso perseguir por el provecho del hombre y de la Humanidad, vayan en malhora el paisaje y el edificio y, ¿por qué no?, también Florencia y Venecia. Porque, de no ser así, ¿qué clase de héroes serían esos héroes? Supongamos que nos hemos propuesto defender la eficacia como valor supremo: producción al máximo de bienes de consumo al menor coste posible y al diablo lo demás, que es sólo «lo demás» una nadería con la que puede darse limosna al arte, a la poesía, a la moral, a la religión. De esta forma, cuanto más el valor económico y el bienestar presente y futuro en continua expansión como última etapa del proceso y sueño de la felicidad que hay que realizar a toda costa, incluso a costa de matar la naturaleza, cuanto más ese valor, digo, defiende a sus héroes más ciegos los hace a cualquier otro valor e ideal o verdad, considerados como simples tabúes que hay que destruir, obstáculos de maldición. Al llegar a este punto, la vida con todas sus

comodidades y todos los placeres, según una medida de tolerancia sin límites morales ni religiosos, ni siquiera los límites que impone el buen gusto, se convierte en el valor sumo, que no puede ponerse en juego nunca ni por Dios ni por los hombres ni por los santos ni por el diablo, aunque luego, una vez colocado a este nivel se despanzurran los hombres por defender la misma vida, que constituye el número uno de sus intereses.

Si, en lugar de esto, volvemos a poner el valor económico y el bienestar en su justo lugar como condiciones necesarias de la vida, condiciones que sería injusto y no digno del hombre negar y no reconocer a todos, la dialéctica de la defensa vuelve a adquirir su rostro humano y su dignidad humana. Las necesidades básicas hace de ellos valores que es preciso realizar a fin de que las necesidades fundamentales de todo hombre puedan adquirir también realce para dar al hombre toda la importancia que se deriva de ser hombre. Porque esta importancia no se la da por el bienestar y la eficiencia sino por valores que el bienestar y la eficiencia gobernados por el fin que es propio del hombre y distinto del bienestar y la eficacia, pueden sólo contribuir a llevar a cabo. En este nexo de valores en que el uno no excluye al otro sino que lo requiere, la dialéctica de la defensa se realiza en su plenitud, proporcionándonos la verdad de la vida, que no nos han revelado el bienestar, la ideologías o las luchas sociales, sino su propio sentido y su fin propio, que son connaturales con ella pero también superiores.

Supongamos, por último, que nos proponemos correr en defensa de la verdad religiosa, esto es, de la cristiana, en el sentido más verdadero y católico, y no de cualquiera religiosidad genética. Pues bien, tal verdad no excluye los valores morales, y digo morales no de mero hábito, sino que los presupone y los incluye a nivel de ascesis; no excluye los valores estéticos sino que los eleva a un plano más alto, al de lo poético y lo creador; incluye el momento económico y social en cuanto exige el compromiso en el mundo a través de la forma del amor, que hay que tener en cuenta sin rupturas, ni del cuerpo ni del espíritu del ser integral como ser en el mundo, y se lleva a cabo también en la producción de los bienes necesarios para la vida; recupera el sentido moral de los valores jurídicos para que se inscriban en una idea de justicia que no es sólo la de los códigos. La buena defensa es la que no ofende a ningún valor y que, poniéndonos en condiciones de defender aisladamente uno, que ni siquiera es el más alto, no ofende nuestra dignidad ni el valor mismo. Y todo esto, es decir, la posición de la defensa de estos valores en su integración y en su manera de complementarse los unos a los otros, es lo que coloca al hombre en la postura de ser defendido por todos estos valores para que no descienda de sí mismo; todo ello con discreción y humildad, con el pensamiento y la voluntad puestos en todo menos

en el éxito, la arrogancia y la vanidad; puestos en todo sin retórica. Este defensor ardoroso y al propio tiempo arduosamente defendido es el santo, que se preocupa más de la salvación oscura de sí mismo y de los demás por la gloria de Dios y no se cuida en nada de un fin mundanamente glorioso e histórico, como suele decirse.

III

EL REY MIDAS Y EL HIDALGO DON QUIJOTE

La existencia, tanto la del individuo como la de la sociedad, puede ser vista en la perspectiva del equilibrio siempre inestable y siempre perfectible de los medios y de los fines o de los motivos para vivir. La corrupción o la destrucción de tal equilibrio comporta la corrupción y la destrucción de la propia existencia, la pérdida del sentido y, por tanto, su reducción al absurdo. ¿Qué hombre de Estado o qué gobernante olvida la acción, siempre flexible y plástica de los medios de que dispone y los fines que quiere alcanzar? Si ese hombre no cuenta con los medios, su acción política se reduce a retórica veleidosa; si prescinde en el conjunto de los fines y pone los medios como fines en sí mismos, su obra resulta inmotivada e informe; en suma, la falta de un fin denuncia incluso la falta de la forma. Por consiguiente, tanto sus obras como las de los gobernados, a medida que los medios se acrecientan desmesuradamente en ausencia de los fines, se encaminan más desordenadamente, a ciegas: se convierten todos en una masa de afanosos para una masa de medios sin forma y sin fin. Así se construye una sociedad opulenta de medios e indigente de fines; esto es, por encima de ellos, menesterosa y desazonada; como tal, desequilibrada y descompensada; por consiguiente, desesperada; en suma, turbulenta e imprevisible. Pero éste es sólo un ejemplo sin referencia a personajes ni a hechos del día, apto para esclarecer nuestro propósito, que intenta presentar y confrontar en rápidos trazos lo que es una existencia rica de medios en un vivir sin ningún fin ni motivo para vivir, y lo que es una existencia rica en fines y privada de medios.

A Midas, Rey de los frigios, por su insaciable avidez se le infligió la condena de convertir en oro todo lo que tocaba. Nunca hubo un hombre tan opulento de medios sin ningún fin que no fuera la opulencia misma; nunca hubo un fabricante de riqueza tan formidable sin ningún motivo para existir en tanta abundancia. Hasta las bebidas y la comida se convertían en oro al tocarlas Midas; y, así, Midas, el opulento, se vio condenado al hambre y a la sed, no sólo del cuerpo, sino del espíritu, como prueba desconsoladora de

que los medios materiales, para vivir sin ningún motivo o fin, sólo sirven para morir de congoja. Eran muchos, pero no servían, porque no había un fin que cualificara la existencia, una verdad a la que hubiera que servir y por la que valiese la pena de vivir y, si fuera preciso, sacrificar también la vida. Esta opulencia era la extrema indigencia del hombre, su ceguedad para todo fin que no fuese la misma riqueza que, colocada como razón de vivir se convierte en inservible hasta para el cuerpo en nada. Por algo el mito, junto con tanta magia, atribuye al Rey Midas orejas de asno, que llevaba muy escondidas el mísero rico por el temor y la vergüenza de que le conocieran por lo que era. Pero desde aquellos tiempos lejanos no se puede ocultar nada a los barberos, y los barberos charlan; el barbero del Rey Midas habló y todos supieron que aquel riquísimo Rey poseía también un buen par de orejas asnales, símbolo de la miseria espiritual e intelectual del ávido y del avaro, así como de su miseria material, ya que puesta la riqueza como fin en sí mismo y como único motivo de la existencia, no la gasta para vivir y la acumula hasta el infinito, acumulando al tiempo dos mezquindades.

Midas, símbolo de la desesperación por exceso de medios e indigencia de fines, o de la desesperación en vacío, corre peligro de convertirse en símbolo de la Humanidad contemporánea, opulenta y escasa; de hecho, también esta última, aparte sus buenas razones, parece como entontecida por la propaganda de los países ricos, y ansía no sólo justicia sino la opulencia por sí misma hasta la pérdida de todo motivo o fin para vivir. ¿Quién más desesperado que quien, como Midas, lo tiene todo por su capacidad de convertirlo en oro y a quien falta sólo un motivo para vivir? Esta es la desesperación radical, la de tener todos los medios para vivir sin un sólo motivo para existir; es la existencia sin ser, sin verdad, sin bien, reducción total del «ser» del hombre al «tener», y Midas es sólo lo que tiene: es el Rey Midas, es la opulencia, pero no es. Y esa desesperación está más allá de la del suicidio, más allá de la del ridículo y de la piedad; es la desesperación de sus orejas de asno, la riqueza inútil, como la que es fin en sí misma y cancela cualquier otro fin sólo porque no lo ve. Midas merece sólo una muerte: la de que por avidez de otras riquezas ceda a la tentación de tocarse a sí mismo convirtiéndose en estatua con orejas de asno, monumento a la estupidez del hombre que gasta todo su ser en acrecentar los medios para vivir, ciego a los fines de la existencia por los que vale la pena de vivir y la vida tiene sentido.

El hidalgo Don Quijote no es Rey, pero es siempre «hijo de algo» —hidalgo— que es lo que importa para ser incluso más que Rey: noble de antigua estirpe aunque de pequeña condición económica; come por casualidad y cuando se lo ofrecen; sabe ayunar con dignidad y no desdeña la cebolla y el trozo de queso que Sancho lleva consigo; pobre en el ocio y, por

tanto, ingenioso. Don Quijote, el personaje antípoda de Midas, no dispone de medios y no se preocupa ni piensa en procurárselos. En cambio, tiene muchos motivos para vivir: reparar entuertos y restaurar la justicia verdadera, conquistar la libertad digna del hombre, vivir para un sueño de gloria y reclamar la atención sobre lo que el hombre verdaderamente es. Don Quijote está resuelto a batirse, y se bate, por este fin; no tiene, es, estos fines; vive por ellos y en ellos existe y consiste. Pero riquísimo de fines, e indigente de medios para realizarlos es derrotado y muere melancólicamente arrepentido, Caballero de la Triste Figura. Don Quijote es la tragedia de quien posee los fines y no los medios, desesperación también ésta, pero en un sentido bien distinto de la del Rey Midas; no está más allá del ridículo, sino en el ridículo, en el sentido de que es capaz de soportarlo para testimoniar los fines que persigue aunque no los pueda realizar; está más allá del suicidio, porque su existencia es su martirio; está dentro de la piedad, porque suscita respeto, *pietas*. Su vida tiene sentido en sí misma, en el propio fracaso porque, aunque no pueda realizarlos, conoce los fines de la existencia humana.

Si me dieran a elegir quisiera ser Don Quijote y no Midas: las orejas de asno y las charlas de los barberos no me agradan, sobre todo en un mundo que de barberos y de borricos no me atrevería a decir que ande muy escaso. Pido excusas si al asno prefiero el pelícano, símbolo de Cristo, que con su sangre rescató a los hombres, según la creencia anterior al progreso de la zoología —y, por tanto, a despecho de los ornitólogos—; creencia según la cual el pájaro nutría a sus hijos con su propia sangre, hiriéndose en el pecho. En fin de cuentas, vale más cabalgar sobre «Rocinante» con una celada de cartón y armas enmohecidas por el orín, sin tener que esconder nada por vergüenza, que vagar por ahí cubierto de oro con orejas de asno, que hablan aunque estén ocultas.

Pero, aunque muy distintos, Midas y Don Quijote representan dos formas antitéticas de desesperación y los hombres y la sociedad no pueden vivir, existir ni operar ordenadamente sin esperanza, cuya ausencia revela falta de fe, y sin la una y la otra no hay caridad. De ahí la necesidad del equilibrio entre los medios para vivir y los fines para existir constitutivos de la existencia misma: los medios para vivir han de ser poseídos y acrecentados en la medida en que también valen para potenciar nuestra capacidad comprometida en la realización de los fines de la existencia dignos del hombre, que no son materiales o vitales. La supremacía de los fines que hace olvidar los medios o se opone a su incremento y la ceguera para la vida, que tiene sus sacrosantos derechos, corren el riesgo de comprometer los motivos por los que el hombre existe; la supremacía de los medios, que olvida los fines o pretende destruirlos en la conciencia de los hombres es la ceguera de la existencia y hace

de los medios, no el alimento, sino la corrupción de la vida misma. Es el riesgo que está corriendo hoy la Humanidad.

Por ello, tanto como por cualquier otra cuestión, la moderación, la medida, señal de inteligencia, lo es todo: es la posesión y el acrecentamiento de los medios para vivir dentro del límite que a cada hombre le consienta una vida en paz consigo mismo para la satisfacción de sus necesidades. Porque si está en paz consigo misma está bien dispuesta para mantener los ojos abiertos, para ver y querer firmemente los fines de la existencia que es satisfacción, nunca plenamente actualizable, de las exigencias de la existencia, cuyos fines no coinciden con la satisfacción de las necesidades vitales, sino que han de buscarse dentro de los límites que el cuerpo pone al espíritu y, por tanto, sin estorbar, sino más bien favoreciendo el crecimiento de los medios. No se trata de dos medidas sino de una sola: del ser del hombre que es al par cuerpo y espíritu, vida y existencia, necesidades corporales que requieren medios para vivir y exigencias espirituales a las que son indispensables los fines propios, los mismos del hombre en su totalidad.

Si un niño engorda o adelgaza desmesuradamente se le somete a tratamiento. Que se ponga cada hombre en tratamiento a sí mismo siempre que engorde con el cuerpo y adelgace con el espíritu o abandone el cuerpo y sus necesidades por excesiva preocupación por el espíritu. Así puede alentarse la esperanza de hacerse siempre mejor el hombre entero proyectándola en la otra esperanza: la de su plenitud total y su realización plena, que sólo la fe religiosa puede fundamentar. Con esta fe y con esta esperanza podrá volver la caridad del hombre hacia el hombre a través de su caridad para con Dios.

MICHELE FEDERICO SCIACCA

